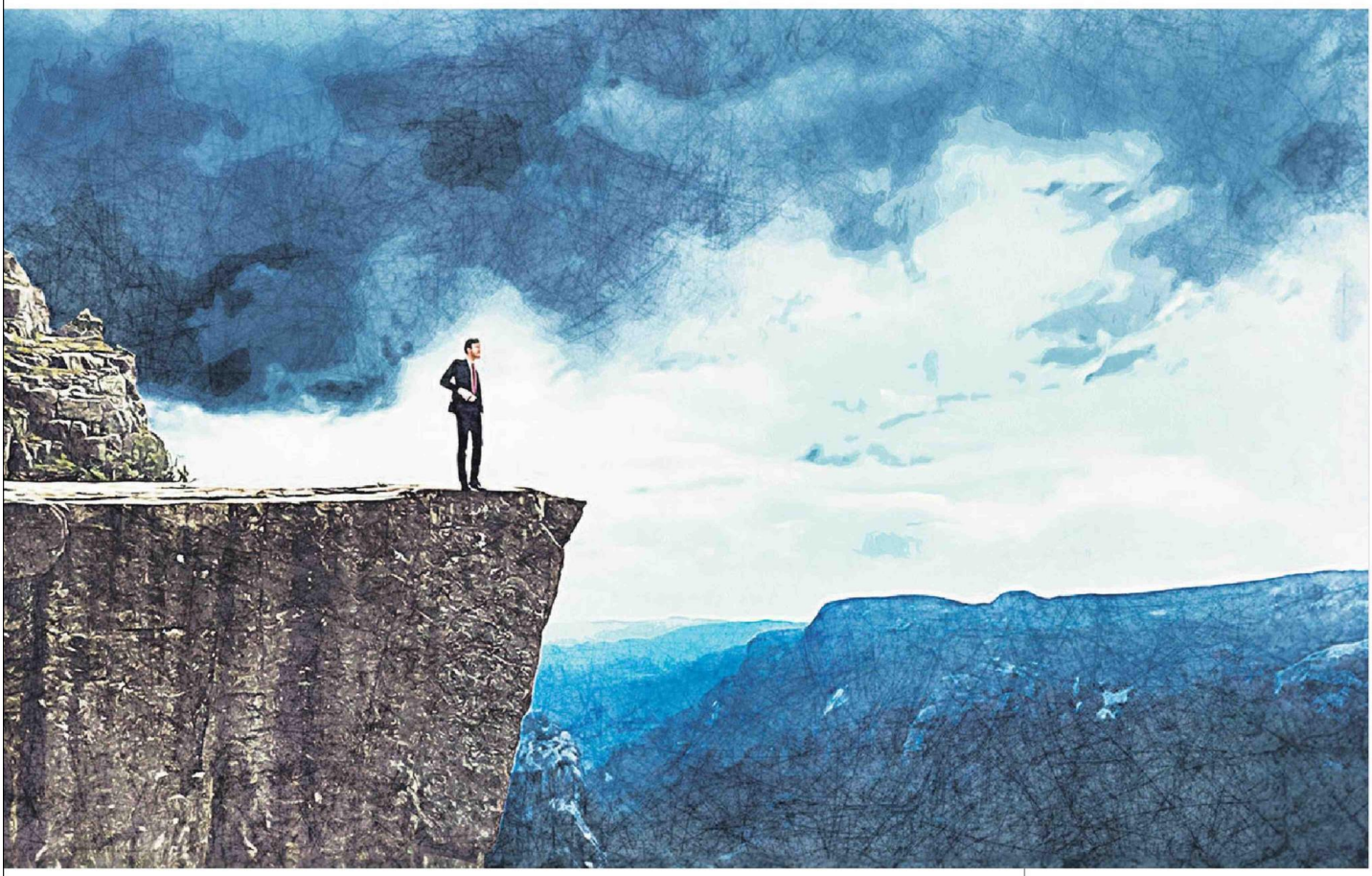
PROHIBIDA SU REPRODUCCION Y/O DIFUSION



ponsabilidades y reconocer que están destinados a vivir juntos y, por tanto, que no pueden ya anhelar la opresión o aniquilamiento del opositor. Implica reconocer genuinamente que, si ellos mismos construyeron situaciones trágicas, de ellos mismos depende construir una nueva forma de vida en común.

En el caso peruano, esto significaría un gran acto nacional de responsabilidad y contrición de parte de muchos actores. El sur peruano ha visto cómo buena parte de la derecha política, el empresariado y de los medios impulsaron, primero, el intento de desaparecer cientos de miles de votos en esa región y luego avalaron o celebraron las masacres completamente ilegales cometidas ahí mismo. Es normal que se expanda el rencor. Al mismo tiempo, la izquierda y la 'sociedad civil' fueron cómplices o indulgentes con el Gobierno delincuencial de Pedro Castillo y muchos siguen pasando por agua tibia el golpe de Estado. O pensemos en la Fiscalía que al inicio contó con respaldo de la población y luego ha dilapidado su legitimidad con investigaciones que se alargan sin ton ni son ni producir acusaciones.

En fin, el punto es que todos estos actores –y probablemente otros– deberían reconocer que sus acciones nos trajeron aquí. Y que ahora toca plantearse una nueva vida colectiva en la cual ya no se comportarán desde los miedos atávicos, sino desde el nuevo consenso nacional. Se trataría de personas que –para decirlo con el poema de Borges en el cual celebra la fundación suiza–, "han tomado la extraña resolución de ser razonables/ Han resuelto olvidar sus diferencias y acentuar sus afinidades".

> **La mayoría del país no milita en el proyecto político del Rolex y la bala. Pero no tiene voz, no está en la mesa de negociación. Hay que traerlo de vuelta".**

Pues no va a ocurrir. O, al menos, no en el corto plazo. ¿Quién tendría la entereza de aceptar responsabilidades en el Perú de hoy? Rolex, balas e impunidad. Esos son los términos de intercambio.

Coalición

Entonces, nadie tiene la fuerza para concentrar ni la entereza de consensuar. Queda una sola ruta con alguna viabilidad: construir una coalición de políticos y ciudadanos que defienda cosas muy básicas. O sea, queda hacer política. Erigir una coalición abocada a limitar –ni siquiera a desaparecer– la depredación de lo público.

Esta vía tiene dos condiciones favorables. Primero, los rivales. A veces no somos conscientes de una de las grandes paradojas de nuestra situación: es una democracia que no muere a manos de algún titán, sino de personajes patéticos e impopulares. Basta escuchar los 'argumentos' de Boluarte, sus abogados u Oscorima, de Adrianzén y sus ministros, para ver que lidiamos con una galería de personajes que los italianos descartarían como *deficienti*. Que te arrebate la democracia Hugo Chávez, Vladimir Putin o Daniel Ortega es una desgracia. Que te la quite Dina y su combo, un bochorno.

La otra ventaja es también un problema: en la próxima elección se podrá pasar a segunda vuelta con el 10% o 15% de los votos. Es un contexto favorable para asegurar un candidato en esa instancia, así como una bancada pequeña pero suficiente para impedir lo peor. Pero es también un contexto anticoalición. Con más de treinta inscripciones disponibles para participar en las elecciones, se incentiva que cada quien opte por jugarse el huacho individual. Lo cual sería la fórmula para el fracaso. Aun así, tampoco estaría mal alentar coaliciones mínimas en la derecha, izquierda y centro que tengan como punto de partida que hay momentos de particular gravedad en los cuales más importante que representar la diversidad ideológica, es proteger el interés general.

Entonces, la única vía realista para sacar al país de su degradación es la coalición mínima. Para esto, es importante subrayar que es falso que el Perú está bien representado en este Congreso. No dejemos que nos venza el cinismo, el Perú no es una colección de rufianes. Existe un país digno pero apaleado, consciente pero harto, decente pero alienado, que está subrepresentado. Piensen en la votación innoble de esta semana: solo seis de 130 congresistas votaron contra la demolición de la educación pública. Eso no es el Perú. La mayoría del país no milita en el proyecto político del Rolex y la bala. Pero no tiene voz, no está en la mesa de negociación. Hay que traerlo de vuelta. Porque quien no está en la mesa está en el menú. Si una coalición mínima no le da representación, nos van a seguir almorzando. No solo Dina: todos estamos contra el reloj. ❖